

Análisis político de la experiencia tecnoactivista de Riereta.net: dos difracciones y una emergencia

Blanca Callén Moreu

Universitat Autònoma de Barcelona

“La difracción trata sobre la historia heterogénea y no sobre originales. A diferencia de las reflexiones, las difracciones no desplazan lo mismo a otra parte, de una forma más o menos distorsionada, dando por tanto lugar a destrezas metafísicas. Por el contrario, la difracción puede ser (...) una metáfora para otro tipo de conciencia crítica comprometida con la creación de diferencia en lugar de con la repetición de la Imagen Sagrada de lo Idéntico. (...) La difracción es una tecnología narrativa, gráfica, psicológica, espiritual y política para crear definiciones consecuentes” Haraway, 1997/2004: 309

Entre Noviembre del 2004 y Mayo del 2005 realizamos una etnografía en el local/proyecto de Riereta.net. Para quienes no conozcan su trabajo, se podría decir que en Riereta se desarrollaba código informático, se ponía a punto, se probaba y testeaba. Se llevaban a cabo proyectos dedicados a la creación y estabilización de software, con el fin de generar, mantener o mejorar herramientas y dispositivos informáticos y tecnológicos libres (protegidos por licencias libres o copyleft), útiles y reapropiables públicamente. Pero también se realizaban tareas más recursivas y pedagógicas como la documentación de estos dispositivos a través de manuales y tutoriales, la impartición de talleres o la simple ayuda mutua informal. De esta forma se facilitaba la difusión, experimentación y acceso a este conocimiento tecnológico a personas y grupos interesados pero ajenos a este campo. Pero todas estas actividades y desarrollos cobraban realmente sentido cuando eran implementados y aplicados a otros proyectos políticos con los que se colaboraba y que excedían a la propia Riereta. La creación de webs para la Mayday del 2005 o la Asamblea por la Regularización sin Condiciones, la creación de una distribución de Drupal con el fin de crear plataformas de trabajo compartido para movimientos sociales (MS), o el desarrollo de programas de streaming y una radio libre por internet, de uso público, son sólo algunos ejemplos de la cristalización de todas estas tareas cotidianas. Inspirados por el software libre y en base al trabajo colaborativo, desde este espacio de investigación y experimentación no institucional, auto-gestionado y de fuerte carácter informal, se estaba generando una cultura libre que no sólo apuntaba a cuestiones materiales en relación a la tecnología y el software (libertades de uso, copia, estudio, modificación y distribución), sino también a cómo crear conocimiento, cómo relacionarse y organizarse en colectivo o cómo actuar políticamente en las llamadas “sociedades del conocimiento” y, particularmente, en el campo de la tecnociencia. Lo que ocurría en su día a día nos hablaba así de redes de poder, de prácticas cotidianas y culturas que incorporan ciertas formas de ordenar el mundo. Así, bajo una cotidianidad poblada de códigos informáticos, dispositivos tecnológicos y licencias libres, nos preguntábamos, ¿qué promesas de lo político nos trae la experiencia de Riereta?, ¿qué potencial encierra en un mundo altamente tecnificado, una vez que la política se ha convertido en tecnocracia y la tecnociencia

ha ocupado el lugar del debate público?.

1. Habitando el tecnobiopoder

La tecnociencia se podría definir como una forma de vida, práctica, cultura y matriz generadora de realidad para las sociedades contemporáneas. A través de ella “se constituye lo que se considerará como hechos y naturaleza por, y para, muchos millones de personas” (Haraway, 1997/2004: 68). La densidad, intensidad y alcance que hoy en día presentan las prácticas tecnocientíficas hace pensar que no estamos ante un campo disciplinar cualquiera, sino ante una forma particular, local pero hegemónica, de crear realidad. La doctrina que viene marcando con mayor fuerza, desde hace doscientos años, los límites de lo posible e imposible en nuestros hábitos y formas de vida, en nuestra salud y alimentación, en nuestra comunicación y en las formas de relacionarlos, en nuestros cuerpos y sexualidad. O en la historia, en aquello definido como pasado y futuro; en la vida y en la muerte. Y es que existe una correlación directa entre la progresiva informatización e instrumentalización técnica de nuestros hábitos, prácticas, experiencias y deseos más cotidianos, y la explotación productiva de nuestras vidas como objetos de conocimiento. Así, las cuestiones que nos podamos formular sobre lo político, la libertad, el poder o las condiciones de posibilidad de la tecnociencia tienen que ver, en realidad, con nuestra propia existencia. Cuando la vida se ve reducida a dato y nuestros hábitos a estadísticas, cuando nuestra salud y organismo se hacen inteligibles desde los códigos genéticos y las trayectorias de nuestros cuerpos discurren entre simulaciones y flujos de información, entonces, se puede decir que habitamos un régimen de tecnobiopoder (Haraway, 1997/2004). Como ya diría Foucault (1976/1998), “[...] no es posible que el poder se ejerza sin el saber, es imposible que el saber no engendre poder” (1976/1998:76). Amenaza y oportunidad: este régimen nos descubre nuevos parentescos y alianzas en las luchas políticas, ampliadas ahora alrededor de la tecnociencia y su saber, alrededor de los derechos y libertades vinculados al conocimiento tecnológico: “en la narración posmoderna, el conocimiento – implícito y explícito, formal e informal, cuantitativo o cualitativo, empresarial o individual - es la gran mercancía, la metamercancía que organiza de manera holográfica toda la sociedad – y toda la realidad misma - a su alrededor.” (Alonso, 2002: 483).

La tecnociencia ha pasado así a ocupar la pantalla representativa, pomposa y resplandeciente que en su día daba cuerpo al Estado, pero bajo la que se esconde un magma de tensiones y correlaciones de fuerza fruto del azar y la contingencia. Y es que, cada vez con mayor frecuencia, se erigen organismos, comisiones e instancias “independientes” a las que, en base a estudios y análisis técnicos expertos, se les atribuye el peso de decisiones políticas colectivas (como la gestión del agua, la prohibición o no del burka, la protocolización y respuesta sociosanitaria a situaciones de violencia de género, las condiciones básicas para legalizar el aborto, etc). Todos los partidos políticos, sean del signo que sean, convocan a sus equipos de expertos para justificar argumentativamente sus propuestas, aun siendo contradictorias entre sí. Y así, las escaramuzas vitales, el disenso y la conflictividad propias de lo político quedan en suspenso cuando se invoca a la tecnociencia y su objetividad. La descripción del binomio saber-poder aplicado al gobierno de las poblaciones que ya se hacía a principios de siglo XIX (Foucault, 1976/1998) parece más actual que nunca: la tecnociencia, sus disciplinas y conocimientos parecen haber desplazado y ocupado el lugar de lo político. De ahí la relevancia y urgencia por buscar otros modelos de tecno-política que recuperen el

sentido aperturista y productivo del conflicto desde el tiempo y espacio de lo cotidiano, desde el azar y la contingencia. En este sentido, los interrogantes que planteaba nuestro trabajo buscaban tomar el pulso a las posibilidades y límites de una política que se enfrentara, por un lado, a la herencia moderna y en crisis de los mecanismos de representación y, por otro, a la tiranía de una tecnocracia que busca resolver el disenso apelando al privilegio exclusivo del conocimiento experto.

Preguntarse por cuáles son las condiciones de posibilidad para la creación tecno-epistémica, quiénes cuentan y quiénes no como sujetos de conocimiento, quiénes y bajo qué condiciones tienen el derecho de producirlo, de consumirlo, de modificarlo, de transmitirlo o de contrariarlo, quiénes y cómo detentan estas libertades es, en el fondo, preguntarse por lo político y por la vida en colectivo. Es, precisamente, lo que constituye la estructura nuclear del binomio saber-poder, el “kernel” de lo político en las “Sociedades del Conocimiento”. Reavivar y lanzar estos interrogantes al corazón de la producción tecnocientífica es, desde nuestro punto de vista, uno de los logros de la experiencia de Riereta. Las respuestas habituales a estos interrogantes (el monopolio creativo que detentan científicos y tecnólogos en base a su experticia, el privilegio de laboratorios y academias como instituciones valedoras de conocimiento, el fetichismo del producto tecno-epistémico convertido en un bien de consumo, la pasividad a la que se relega a los consumidores y usuarios legos de la tecnología o la mera instrumentalización objetual con que se trata a los componentes no humanos) eran desafiadas desde gestos cotidianos que, aun pareciendo acciones meramente “técnicas”, en verdad, encerraban culturas y modos de vida particulares.

Con ello no queremos caer en un determinismo de tipo tecnológico que vea en el componente técnico el germen para el despliegue de la vida social. Mucho menos en un determinismo de rasgo social. Simplemente, sostenemos que un software o una herramienta informática, como ocurre con todos los hechos, leyes y objetos tecno-científicos, siempre viajan acompañados de sus aparatos de producción y mantenimiento. Aparatos que incluyen modos de hacer, promesas y peligros que siempre pueden ser contestados y cambiados, aunque no sin dificultades. Porque “estamos hablando siempre de tecnología, pero tiene asociados intrínsecamente componentes de la política y de la legislación”, como decía Xa. (2005). Con lo cual, podríamos convenir en que hacer política quizás pase también por hacer técnica. Y al revés: que articularnos con diferentes tipos de tecnologías (por ejemplo, con el SL frente al Software Propietario) lleva consigo, necesariamente, diferentes efectos socio-políticos y éticos, diferentes formas de vida. De modo que en la constitución de la propia técnica se dirimen cuestiones políticas.

Nunca han estado separadas. Porque las posibilidades de ser de uno u otro modo, las posibilidades de generar mundo y crear realidad, se encuentran ya, parcialmente, en ella. Como dice Winner (1987), “muchas invenciones y sistemas técnicos importantes en nuestra vida cotidiana conllevan la posibilidad de ordenar nuestro mundo”. Así, como decía una participante en relación a Riereta, “un altre món ja és aquí” (R., 2005). O dicho de otro modo: Riereta era una tecnopolítica, operaba como un dispositivo tecnológico que en su fundamento y puesta en marcha incorporaba cierta programática de acción sobre el mundo. Es decir, ciertos modos de hacer -vinculados a la autogestión, a la libertad de uso y transformación de las creaciones, al trabajo colaborativo, etc- que son biopolíticos en tanto que apuntan a la gestión,

en último término, de la vida. Y esa es la razón, no únicamente un motivo de calidad y funcionalidad tecnológica, por la que la mayoría de participantes de Riereta apostaban por colaborar en proyectos vinculados al SL, “porque si aquí se usa linux no es porque sea mejor como sistema operativo, sino por las opciones políticas y sociológicas que tiene te lleva a otras cosas” (Xa., 2005),... hasta imprimir y desdibujar ciertos “posibles” e “imposibles”. Y son, precisamente, estos grados de posibilidad e imposibilidad, de cambio y contestación, lo que se pone en juego con lo político. De ahí que preguntáramos a Riereta: ¿Qué promesas nos traes, qué límites nos dibujas? Como respuesta sintética, el ejercicio de (doble) politización y difracción que Riereta ha realizado sobre (1) los modos de producción de conocimiento tecnocientífico y (2) las formas de organización y acción política, ha desembocado en la inauguración de un campo de acción que hemos denominado tecnoactivismo.

2. Difracción 1: Producción de conocimiento tecnológico y ampliación de los STS*

El orden político que se destila desde el taller de Riereta comienza por una renovación del campo de la producción tecno-epistémica. Además de ampliar los espacios y agentes “propios” de la producción tecnológica, desafía sus modos de producción. Se desplazan los ejercicios de ventriloquia y representación a los que nos tenía acostumbradas la tecnociencia más tradicional y se pone en evidencia el carácter procesual, colectivo, heterogéneo y político de todo conocimiento. Desde Riereta se saben herederos de la tecnociencia en tanto que se busca igualmente la objetividad y utilidad de un conocimiento tecnológico, una verdad, al tiempo que se comparten las mismas herramientas para lograr este objetivo. Sin embargo, se la traiciona y difracta espuriamente dado que tal objetividad se alcanza mediante mecanismos diferentes: en vez de actuar a través de ejercicios de representación y alejamiento de los objetos de estudio, desde una posición aparentemente neutra y desinteresada, como “testigo modesto” (Haraway, 1997/2004), aquello que crea y mantiene los vínculos necesarios para la producción de tecnología es la implicación personal, el interés propio y colectivo, los deseos y la aproximación entre aquellos ámbitos y ontologías que desde la modernidad aparecían separados y subordinados entre sí.

En este sentido, la producción tecno-epistémica de Riereta se sustenta en una socialidad ampliada, en una red de articulaciones parciales, histórica y heterogénea entre posiciones ocupadas por humanos y no humanos que discurren por espacios virtuales, físicos, semióticos y materiales, mezcla de carne, bits e información. Los agentes de conocimiento y producción tecnológicos son híbridos (Latour, 1992; Callon y Law, 1995), cyborgs (Haraway, 1991/1995), cuya acción pone de manifiesto nuestros lazos y familiaridad, nuestro co-funcionamiento desigual, con aquellos “otros” que hasta ahora habían permanecido mudos y a nuestro servicio. Nosotras somos ellas: ni la tecnología es una mera herramienta, ni el conocimiento es un mero objeto producto de la acción únicamente humana. Lo contrario: las fronteras y el alejamiento dualista entre humanos y no humanos, entre ontologías diversas, entre usuarios y tecnología, o entre usuarios-legos y desarrolladores-expertos (propiciado desde instancias vinculadas al software propietario o a las patentes privatizadoras del conocimiento más institucionalizado) no son más que un artificio o mascarada de cuya creencia y asunción dependen los intereses económicos del proyecto capitalista. Poner esto de manifiesto, visibilizar cómo se trazan “las líneas al interior y exterior de la ciencia, o entre las bondades o maldades de determinados relatos tecnocientíficos del mundo, continúa siendo importante” (Haraway, 1997/2004:85). Más

aún: Riereta y el proyecto de SL demuestran cómo es posible sobrevivir (aun precariamente) fuera de los confines que marca la historia de salvación tecnocientífica. Mientras la tecnociencia tradicional jugaba a la doble cara de Jano, invisibilizando cualquier rastro de política y presentando a la creación tecno-epistémica como un espacio aséptico, puro e independiente de lo social; la propuesta de Riereta vindica que la interconexión de agentes, conocimientos, materialidades, ontologías, espacios y tiempos heterogéneos es aquello que garantiza su fortaleza tecno-política, pero también su valor económico, democrático, ético o socio-cultural. Apuesta por el reconocimiento positivo y creativo de esta articulación de multiplicidades. El ejemplo de cómo se crea y desarrolla el SL (fuera de las restrictivas leyes monopolísticas del copyright, incorporando conocimientos técnicos “expertos” pero también conocimientos “legos” propios de usuarios, facilitando la apropiación pública de sus productos y resultados, etc), pone de manifiesto que “la implosión de dimensiones implica la pérdida de identidades claras y precisas, pero no de masa y energía” (Haraway, 1997/2004: 88).

Ajenos a su amenaza pero claramente reconocidos como herederos de la cultura tecnocientífica, asumen el riesgo de hibridarla con aquella otra que bebe de los Movimientos Sociales, los centros sociales autogestionados y el activismo político. El resultado es una difracción de la tecno-cultura que trata de hacer más habitable el régimen actual del tecnobiopoder, una cultura que “apuesta por los proyectos y las necesidades de quienes no podrían habitar o no habitarían las posiciones de sujeto de la auto-invisibilidad y de los sitios discursivos, los “laboratorios”, del creíble hombre civil de la ciencia” (Haraway, 1997/2004:305). La forma de hacerlo es encarnando en cada gesto y práctica cotidiana la llamada “filosofía del SL”, la idea de que todo conocimiento depende de la articulación creativa de heterogeneidades y de la mediación colaborativa colectiva. Uno de los logros más importantes de Riereta consiste en la radicalización de esta lógica: si se asume y reconoce la naturaleza colectiva y articuladora de toda producción epistémica, entonces, la apuesta por la creación de una tecnología como el SL debe incorporar, necesariamente, una tecno-cultura basada en la apertura y la circulación libre, pública y colectiva no sólo de sus productos sino también, y lo que es más importante, de sus prácticas. Sólo así, mediante espacios y mecanismos que invitan a poner su propia posición en riesgo, a dejarse “objetar” (Latour, 2000:115) y a articularse y conectarse con la alteridad (en forma de agentes no humanos, en forma de conocimiento lego, en forma de usuarios, en forma de espacios no institucionalizados, etc), es como este proyecto tecnocientífico no institucional alcanza su objetividad particular. Riereta nos recuerda así el carácter intrínsecamente controvertido, temporal y precario de toda producción de conocimiento y, por extensión, también del campo de la tecnociencia. Aquí radica el primer motivo para considerar que la acción de esta iniciativa repolitiza en cierto modo lo ya dado, lo hegemónico con relación al conocimiento, sus prácticas y agentes responsables. Es decir, amplía el rango de lo posible y desplaza alguna de las fronteras que la tecnociencia había naturalizado.

Y, como un efecto en cadena, si se problematiza dicho ámbito, en consecuencia, también nos vemos interpeladas a problematizar, cuestionar y ampliar el de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología (STS), y la concepción de tecnociencia que han venido defendiendo, ligada a las instituciones tecnocientíficas y los laboratorios..., o el de cualquier otra disciplina científica que tenga entre sus tareas la producción de conocimiento. Es decir, si la experiencia liminal de Riereta desafía a la ortodoxia tecnocientífica (aunque, al mismo tiempo, comparta

objetivos y tareas), estamos obligadas como investigadoras a prestar atención a estos “otros” fenómenos que surgen con fuerza desde los márgenes de las disciplinas para responder al centro privilegiado que hasta ahora ocupaba la institución científica. Las lecciones técnicas, políticas, éticas, epistémicas o económicas que el SL está dando al software propietario (al mercado y a la industria) o a las lógicas tecnocientíficas tradicionales (a la academia o instituciones educativas y de investigación) son demasiado potentes como para seguir ignorándolas.

De hecho, desde que comenzamos este trabajo, ya han surgido propuestas académicas que se hacen eco de algunas de las lógicas y prácticas que encarna el SL y el trabajo colaborativo, especialmente en lo relativo a las licencias libres de autoría o a las formas de organización social. Algunos rasgos de la cultura “libre” y copyleft como puedan ser la accesibilidad y apertura gratuita al público de las revistas científicas, o el trabajo colaborativo a través de plataformas virtuales y herramientas de comunicación como el programa Moodle o las páginas Wiki, ponen de manifiesto que se comienza a reconocer el potencial productivo de este tipo de articulaciones. El reto más inmediato consistirá en utilizar estas herramientas tecno-jurídicas en el seno de las prácticas epistémicas (docentes, de investigación y desarrollo, etc) para implosionar las fronteras que todavía separan el mundo de los expertos del amenazante intrusismo de la población leiga; es decir, para fortalecer el vínculo denostado pero real entre objetividad y democracia. Stengers (1997) lo expresa de este modo: “Democracia y racionalidad convergen pues hacia la misma exigencia: la invención de dispositivos que susciten, favorezcan y alimenten para los ciudadanos la posibilidad de interesarse por los saberes que pretenden contribuir a guiar y a construir su porvenir, y que obliguen a esos saberes a exponerse y a ponerse en riesgo en sus elecciones, su pertinencia, las cuestiones que privilegian y las que negligén” (1997: 108). Un uso de estas herramientas que no incorpore una reflexión crítica, abierta y colectiva acerca de lo ético, o de lo que es justo (en términos de derechos y responsabilidades para los agentes implicados) pervertiría su potencial político y acabaría en una vampirización de las fuerzas creativas de lo heterogéneo. Por eso, en síntesis, la invitación que se nos hace desde esta primera difracción tiene que ver con dejar de temer la otredad (aquella que se encarna en la tecnología distante, en los agentes no humanos, en los conocimientos legos, en los espacios no institucionalizados o en los cruces bastardos entre política y tecnología) para articularnos con ella de maneras más creativas y justas.

3. Difracción 2: Acción política mediada tecnológicamente y ampliación de los estudios de MS

La segunda difracción con que Riereta irrumpe en el terreno de lo político tiene que ver con la mediación tecnológica que ofrece para llevar a cabo acciones y proyectos políticos no necesariamente ligados al terreno de lo tecnológico. Desde la propia iniciativa se consideraba que, a nivel de movimientos sociales y otros colectivos activistas, “estamos en un punto en el que tenemos unos medios de comunicación muy potentes, como son la radio, la tele” (M, 2005). Sin embargo, desde sectores vinculados al desarrollo tecnológico, “hay una frustración grande porque los movimientos no se dignan a usar las herramientas, a criticarlas o a mejorarlas” (T, 2005). Por eso, transmitir y dar a conocer las potencialidades organizativas, sociales o políticas que ofrecen estos dispositivos formaba parte de las tareas didácticas de Riereta. Así, en paralelo al trabajo de desarrollo tecnológico, se llevaba a cabo un trabajo de

facilitación en el acceso, el conocimiento y la apropiación de estos dispositivos a gente de otros proyectos políticos y ámbitos culturales distintos. El objetivo era repercutir en el fortalecimiento de las articulaciones políticas y epistémicas que sostenían a la experiencia y, como efecto, potenciar las oportunidades que suponía la hibridación del mundo analógico y el digital. La presencia de una mayor heterogeneidad y pluralidad de experiencias alrededor de un dispositivo tecnológico, no sólo facilita su futura adopción, sino que supone la oportunidad de mejorarla creativamente y hacerla más inclusiva hacia una diversidad de posibles usuarios. También para los colectivos que se aproximan y acceden al uso de estas herramientas, el hecho de conectarse con otros agentes no humanos amplía, potencia y diversifica sus propias competencias. Para lograrlo, según una de las participantes, “Riereta tendría que salir afuera de una manera que la gente entienda lo que se hace. Y creo que justamente los medios de comunicación son la mejor manera de decir a la gente ‘mira, que no existe sólo tu mundo, existe otro mundo y tú, con cuatro duros, puedes comunicar algo importante a otra persona y esa persona puede comunicar a otra’. Porque yo creo que si no se sale de este gueto, si no se sale de este grupo... [...] ¿Cómo puede salir todo este calderón de información?, ¿cómo puede salir fuera?, ¿cómo puede llegar a la gente?, ¿cómo se puede llegar a hacer algo para que la gente sepa?” (M, 2005).

Las respuestas a estas cuestiones vienen dadas por algunos ejemplos de acciones cotidianas que se realizaban desde Riereta, como la creación y facilitación de herramientas, programas informáticos y plataformas comunicativas (como una radio local por internet) a otros colectivos y proyectos activistas; la propia organización y coordinación interna como taller a través de listas de correo o chats; o la contrainformación que circulaba por el streaming de radio y que también era publicada en su web. Todas estas prácticas siguen la estela de un nuevo tipo de acción política mediada tecnológicamente cuyo punto álgido se sitúa en 1999, con la contra-cumbre de la OMC (Organización Mundial del Comercio) en Seattle. En los últimos años, este tipo de movilizaciones socio-técnicas ya han comenzado a ocupar un hueco importante entre la literatura de la acción colectiva y los MS. En esta línea, experiencias paradigmáticas como el surgimiento de la red global de medios libres de Indymedia, la amplia cobertura internacional que se dio al movimiento zapatista a través de Internet y que permitió fortalecer sus redes de solidaridad, la intensa coordinación que ha demostrado el movimiento antiglobalización en las numerosas contra-cumbres celebradas, la rápida y masiva movilización convocada a través de los móviles tras el 13-M o las experiencias de “ciudadanía” que de forma imparable socavan la univocidad de los medios de comunicación de masas, se revelan como una oportunidad para cuestionar los esquemas sociológicos tradicionales utilizados para el análisis de la acción política colectiva y de la propia tecnología. De algún modo, todas estas experiencias contribuyen a expandir los límites disciplinares de los estudios sociales de los MS y la acción colectiva, porque amplían y diversifican el repertorio de acciones y reformulan los términos en que se llevaban a cabo las formas de acción política tradicionales, de carácter fuertemente analógico. Internet tiende a aparecer como el principal impulsor y responsable de estas transformaciones. En palabras de un participante, “Internet, esa red 'universal' (entre comillas) de transmisión de datos, de comunicación global, realmente (a través de una herramienta casera), te abre una puerta y se convierte en una herramienta vital de transmisión de datos, de comunicación, y sobre todo, de comunicación de información. Y teniendo en cuenta que la comunicación y la información son dos de las grandes guerras in-oídas actualmente, pues imagínate si tienen un papel fundamental... es que casi te diría que son

como el kernel del eje capitalista ahora mismo y de la sociedad de consumo. (...) Estas nuevas generaciones de activistas o mediactivistas no se pueden entender sin una herramienta tecnológica detrás, como herramienta fundamental de trabajo. No tiene más: como la paus o la xava al pagés. No puedo entender esta guerra sin la tecnología, no se puede entender” (Xe., 2005).

La relación que guarda Riereta con todas estas experiencias reside en que comparte la centralidad de lo tecnológico como “herramienta” de movilización, organización, gestión o incluso denuncia, pero además, uno de sus propósitos principales (y esto es lo que la diferencia), es el de la “producción” tecnológica directa, a través del desarrollo e implementación de dispositivos que, posteriormente, ofrecían al espacio público. Así, parte de su propuesta política pasaba por actuar como creadora, facilitadora, consultora y mediadora tecnológica de otros proyectos, acciones e iniciativas activistas. Es decir, trataba de re-conectar elementos tecnológicos y digitales con el mundo del activismo político más analógico con el fin de imprimir sobre los esquemas clásicos de la acción nuevas cualidades y “virtudes” que permitieran hacerla menos capturable para los mecanismos de poder. En opinión de uno de los participantes, el medio informático ha transformado, sin lugar a dudas, las formas de actuar políticamente:

“Al tener esa capacidad de comunicación inmediata a distancias increíbles, y esas capacidad de comunicación con el mundo, te vas encontrando a muchos individuos que piensan como tú y eso te da fuerza y te reafirma en tu forma de pensar y te da ánimos para seguir por ahí. Entonces, a ese nivel, el medio ha hecho cambios. Otro, es el nivel de la inmediatez de la comunicación y la inmediatez de la organización: cualquier espacio, sin distancias, sin barreras. Entonces, esto ha conllevado una cohesión muy grande entre la gente que está por el cambio, y que sigue luchando y resistiendo. Abre una puerta muy grande a toda esta gente. Eh., aunque ahí no ha cambiado la forma de hacer, sino que lo han utilizado para dar fuerza a un grupo. (...) Algo que aporta es la cantidad de información que hay por ahí tan brutal y tan bestia, que te exige ser crítico a la vez” (Ab., 2005).

Lo que se plantea de fondo es cómo la iniciativa de Riereta puede hacer de mediadora entre “una” cultura política analógica y “otra” digital y, al mismo tiempo, cómo la tecnología puede hacer de mediadora entre “unos” agentes políticos y “otros”. Lo relevante, entonces, (en términos analíticos pero también políticos) no son los extremos, los elementos o agentes que se conectan entre sí mediante la tecnología, sino los efectos creativos de esa conexión, la relación que ocurre “entre” medio.

Esta visión creativa, mediadora y productora de lo tecnológico reformula el concepto de acción y los marcos analíticos que hasta ahora sostenían los estudios sociales de la acción política colectiva y la literatura de los Movimientos Sociales. Salvo aquellos trabajos que han optado por una aproximación analítica cercana a los STS, especialmente desde la tradición Actor Network Theory (ANT), la mayoría de análisis sociológicos empíricos continúan aferrados a los parámetros socio-políticos ortodoxos: “són les ambicions i supòsits de la matriu filosòfica moderna –essencialistes i purificadors-, són els mecanismes d’intel·ligibilitat moderns, tan duals i dicotòmics, els que en darrer terme expliquen els problemes que s’expressen en la improductiva dinàmica de conceptualització contemporània de l’acció col·lectiva.”, afirma Rodríguez-Giralt (2008) en su evaluación de este campo disciplinar. Este mismo autor nos

ofrece una panorámica de aquellos trabajos que han vinculado, de un modo u otro, las propuestas teóricas de la ANT y la “nueva sociología del conocimiento científico” con análisis de experiencias de movilización y acción política colectiva:

“és bo destacar la contribució feta pel moviment feminista, sobretot a l’hora de posar de manifest, precisament, aquesta indisociabilitat entre tecnociència i relacions de poder, sobretot al recordar-nos que no hi ha una separació clara entre ciència i societat, que la mateixa separació és ja en si mateixa una qüestió política, una forma de reproduir i fomentar certes desigualtats (Fox Keller, 1985; Haraway, 1988; Harding, 1993). [...] [També] destaquen per exemple els treballs dedicats a l’estudi de les complexes imbricacions de la tecnociència amb els moviments socials actuals, bé sigui com a aliats improvisats en la presa de decisions (Wynne, 1997; Knorr-Cetina, 1998; Yearley, 1992, 1995; Stengers, 1995; Callon, 1986/1995), o bé per estudiar la forma com certs contra-experts qüestionen les pràctiques i els coneixements d’una determinada ciència (Rose, 1994). Aquest és el cas, per exemple, de l’estudi que les pràctiques activistes dels grups antiSIDA estan tenint sobre les formes de fer ciència, sobre la “democratització” de la mateixa (Epstein, 1996; Domènech, Feliu, Garay, Íñiguez, Peñaranda, Tirado, 2002). Un altre grup de treballs a destacar en aquesta línia són els dedicats a analitzar l’articulació dels moviments socials amb les practiques i arguments propis de la ciència i la tecnologia contemporànies. Per exemple, demostrant la necessitat dels moviments socials per legitimar els arguments a través de procediments i dispositius pròpiament científics (Yearley, 1992), examinant el paper de la ciència en la construcció dels marcs, els arguments i el coneixement d’aquests moviments (Eyerman i Jamison, 1998 1991; Jamison, 2001; Maarten Hajer, 1995; Frickel, 2004) o bé fent ús de la tecnologia més innovadora per articular determinades formes de protesta (Jamison, 2001, 2003). [...] Sheller (2001), com Purdue, fa una interessant incursió en l’ANT. En aquest cas també per trobar eines analítiques que li permetin donar comptes de les mobilitzacions contemporànies. En concret a ella li interessa conceptualitzar les formes fluïdes que tenen els moviments socials actuals” (Rodríguez-Giralt, 2008:139).

Desde los parámetros modernos dedicados al análisis de la acción social, por el contrario, más que entender lo tecnológico como un agente y mediador político de pleno derecho y la acción política como una propiedad de entidades híbridas (humanas y no humanas) asociadas que intercambian y delegan propiedades y competencias entre sí, se sigue considerando a la tecnología como una mera herramienta neutral en manos de una voluntad política exclusivamente humana. El resultado es una comprensión del mundo como fenómeno determinado socialmente y donde el componente tecnológico es un mero objeto mudo, testigo y siervo del desarrollo humano. Esta separación y jerarquización entre ontologías diversas corre el riesgo de reducir nuestra creatividad política estratégica, a pesar de que se reconozca una ampliación en el repertorio y las formas que toma la acción política hoy en día gracias a la tecnología.

Cercanos a esta crítica, Lasen y Martínez de Albéniz (2008) consideran que el hecho de analizar y valorar estas nuevas movilizaciones desde un punto de vista fuertemente instrumental y finalista, en función de su incidencia sobre el sistema político institucional o bien en función de la consolidación de una identidad colectiva con vocación de permanencia, invisibiliza aquellas manifestaciones políticas no convencionales cuyas estructuras e

identidades colectivas resultan menos rígidas, estables y duraderas que las tradicionales. Así, por ejemplo, más que una acción política en sí misma, se tiende a considerar a la comunicación como un mero instrumento al servicio de la acción. Por el contrario, la renovación que prometen experiencias como las que enumerábamos más arriba pasan, en primer lugar, por la ampliación de la agencia política, ahora compartida e hibridada con elementos tecnológicos, y por la transformación de las propias prácticas políticas: se favorece la descentralización de las acciones, se facilita su coordinación a niveles globales, se amplía la participación a agentes que la política más institucional sub-representaba o que incluso consideraba apolíticos, se imprime velocidad y alcance a las acciones tradicionales o, también, se hace de la comunicación una acción política de pleno derecho. Lo cual pone en cuestión las lógicas fuertemente estructurales, de representación o incluso “humanistas” (en relación con la agencia política) que permean los paradigmas modernos de la política y que todavía hoy heredan las principales corrientes sociológicas contemporáneas. Todas estas transformaciones ponen de manifiesto que la tecnología es simultáneamente medio, objeto y agente y que, sin su mediación creativa, éstas no serían posibles. Incorporar a la tecnociencia y al desarrollo tecnológico como el campo-objeto-agente central de la acción política, tal y como ocurre en Riereta, diluye también otra de las distinciones modernas que todavía se arrastran en las ciencias sociales: aquella que separaba a los medios de los fines y a los sujetos de los objetos.

4. Conclusiones: La emergencia de un campo político: Tecnoactivismo

Las convergencia de estas dos difracciones que acabamos de explicitar nos avocan a un logro: la inauguración de un nuevo campo de acción política que hemos denominado tecnoactivismo, en tanto que hibrida la cultura tecnológica y activista para transformar el modo como actuamos políticamente en y sobre el mundo. El tecnoactivismo es un campo de acción y una forma de hacer política que se distingue por su trabajo particular desde y con la tecnología, y podría concretarse de modos muy distintos: desde las experiencias de contrainformación, comunicación, protestas y movilizaciones que comentábamos en el punto dedicado a la difracción 2, hasta el desarrollo de SL y la implementación de dispositivos tecnológicos que ocurría en Riereta. En este caso, la tecnología (concretamente, el SL y la cultura libre asociada) cumplía una triple función: 1) como agente y objeto de su acción política, 2) como modelo organizativo y de socialidad de las actividades y prácticas políticas que llevaba a cabo, y 3) como el operador que mejor dotaba de inteligibilidad a la iniciativa en su conjunto; es decir, como heurístico de esta experiencia tecnoactivista y, por extensión, del régimen de tecnobiopoder desde donde actuaba.

El área que ocupa el tecnoactivismo tiene por efecto señalar a la producción de conocimiento tecnológico como “conflicto político”. Aquello que anteriormente quedaba relegado y mudo en manos de expertos técnicos y científicos es hoy vindicado como una tarea al alcance de otros colectivos “contraexpertos” (Purdue, 2000) que buscan actuar de manera directa, fuera de los esquemas de la representación epistémica institucional y del mercado. Así, más que la definición de una postura política dentro de un espectro de opciones previamente definidas, consideramos que el tecnoactivismo busca producir nuevos esquemas y áreas de politización que anteriormente eran desatendidas por considerarse, paradójicamente, “cuestiones técnicas”. Como si bastara con nombrar la palabra “tecno-ciencia” para invocar a la objetividad

más neutra y hacer desaparecer automáticamente cualquier atisbo de duda, cuestionamiento o intromisión lega. El tecnoactivismo, por el contrario, señala y mete el dedo en aquél área oscura que ni políticos profesionales ni la población lega se atreven a discutir desde un esquema tecnocrático de la política. El enmudecimiento que se genera cuando se invoca a la tecnología y su manipulación es roto por comunidades de agentes heterogéneos que, desde talleres como el de Riereta, se atreven a abrir sus ordenadores, a crear código o a instalarse y probar la última versión de cualquier programa en SL. Estos nuevos agentes políticos son inmunes a la amenaza de perder las “garantías de fábrica” o los “derechos protectores” que, como clientes y consumidores, les otorgarían sus “representantes”, ya sea en la arena del mercado o en la de la política. La plusvalía que se genera en cada ejercicio de intermediación tecnológica y económica se anula con la reapropiación directa y autónoma del producto (el software, en sentido genérico) por parte de los que antes eran considerados meros usuarios. De este modo, los ejercicios de representación por los que se hace valedores de la tecnología a empresas, laboratorios o desarrolladores profesionales se ven anulados por la politización que se despliega sobre el área. La forma en que se politiza esta producción de conocimiento tecnológico no es mediante una reivindicación de derechos, un reclamo en la ampliación de los órganos representativos o una solicitud a instancias reguladoras y de arbitraje. La forma de acción que despliega el tecnoactivismo es a través de gestos afirmativos y propositivos de carácter colectivo que ofrecen al público productos tecnológicos creados desde el interior mismo de una esfera pública no-estatal (Virno, 1994). O en todo caso, desarrollados a partir de estratégicas alianzas (con empresas o instituciones que apoyan o financian el desarrollo de código abierto) que suponen, en realidad, un movimiento de éxodo (Virno, 2003, 2004) de aquellas condiciones económicas y jurídicas hegemónicas que atraviesan la producción de conocimiento y la gestión cultural. Como explicaba un participante, el trabajo que desarrollaba Riereta trataba de “buscar caminos, y así está puesto en la web: vidas no controladas ni corporativas. Buscar zonas autónomas, libres, de expresión, creación, comunicación y vida. Todo. Apartadas de cualquier sistema de producción en masa basado en principios clásicos. Lo encuentro como un funcionamiento casi de construir” (Xa., 2005).

Así, si las prácticas cotidianas que observábamos desde Riereta nos muestran un taller tecno-epistémico, un espacio cultural que hibrida las acciones propias de laboratorios y de centros sociales autogestionados, correlativamente, proponemos la idea de tecnoactivismo como la cristalización de aquellas prácticas y cultura políticas que aparecen de la combinación entre la producción de conocimiento tecnológico y la acción política desarrollada de manera colectiva y mediada tecnológicamente.

Producción de conocimiento tecnológico
Acción política colectiva
(mediada tecnológicamente)

TECNOACTIVISMO
Taller tecno-epistémico

“Tecnología: política hecha por otros medios”

Sintéticamente, el tecnoactivismo de Riereta posee la singularidad de que cobra su dimensión política a partir de una tríada de acciones:

a) en la politización de las formas de producción de conocimiento tecnológico (acordes a la cultura libre asociada al SL y a la constitución de los llamados talleres tecno-epistémicos, híbridos de laboratorios y centros sociales) y en la consiguiente ampliación del campo de los estudios STS;

b) en la diversificación de las formas de organización y acción política (mediadas tecnológicamente y tomando como base de su acción a la información) y en la consiguiente ampliación del campo de estudio de los MS y la acción política colectiva; y

c) en la reconceptualización de lo tecnológico (en forma de software, códigos informáticos) como agente-objeto privilegiado de y para la acción política.

Notas y Bibliografía

** Para ampliar y profundizar este análisis, remitimos a la lectura de la tesis doctoral “Tecnoactivismo: la experiencia política de Riereta.net” (2010), realizada por Blanca Callén Moreu y dirigida por Francisco J. Tirado Serrano. Consultar el documento en:

<http://ubuntuone.com/p/lsg/>

Bibliografía

Alonso, Luis Enrique (2002). El discurso de la sociedad de la información y el declive de la reforma social. Del Management del caos al caos del Management. En José María García Blanco y Pablo Navarro, P (Comps.), *¿Más allá de la modernidad? Las dimensiones de la información, la comunicación y sus nuevas tecnologías* (pp. 471-504). Madrid: CIS.

Arquilla, John y Ronfeldt, David (Eds.). (2003). *Redes y guerras en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político*. Madrid: Alianza Editorial.

Ayres, Jeffrey M. (1999). From the streets to the Internet: The cyber-diffusion of Contention. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 566, 132-143.

Bentivegna, Sara (2006). Rethinking Politics in the World of ICTs. *European Journal of Communication*, September 2006, vol. 21, no. 3, 331-343.

Callon, Michel y Law, John (1995). Agency and the Hybrid Collectif. *South Atlantic Quarterly*, N° 94, 481-507.

Castells, Manuel (2001). *La Galaxia Internet*. Barcelona: Plaza Janés.

Cleaver, Harry M. Jr. (1998). *The Zapatista Effect: The Internet and the Rise of an Alternative Political Fabric*. *Journal of International Affairs*, Vol. 51, 1998, 621-640.

Danitz, Tiffany y Strobel, Warren P. (2002) *Disidencia en red: el uso de internet para promover la democracia en Birmania*. En John Arquilla y David Ronfeldt. (Eds.), *Redes y guerras en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político*. Madrid: Alianza Editorial

De Armond, Paul (2003) *Guerra en red en la ciudad Esmeralda: estrategia y tácticas de protesta contra la OMC*; en Arquilla, J. Y Ronfeldt, D. (eds.) *Redes y guerras en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político* (pp.155-195). Madrid: Alianza Editorial

Della Porta, Donatella y Mosca, Lorenzo (2005). *Global-net for global movements? A network of networks for a movement of movements*. *Journal of Public Policy*, 25(1), 165-190.

Della Porta, Donatella y Tarrow, Sidney (Eds.), (2005). *Transnational protest and Global Activism*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers.

Downing, John D.H.; Ford, Zamara V. ; Gil, Geneveve y Stein, Laura (2001). *Radical Media: Rebellious Communication and Social Movements*. London: Sage.

Ema, José Enrique (2006). *Del sujeto a la agencia. Un análisis psicosocial de la acción política*. Tesis Doctoral. Madrid: UCM (inédito).

Foucault, Michel (1998). *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.(Versión original 1976).

Froehling, Oliver (1997). *The cyberspace "war of ink and internet" in chiapas, Mexico*. *Geographical Review*, Vol. 87 , N° 2, 291-307.

Fuller, Steve (2001). *Guía crítica para el nuevo lenguaje de la sociedad del conocimiento: cómo no deshacer el camino andado*. En José López Cerezo y José Sánchez Ron (Eds.), *Ciencia, tecnología, sociedad y cultura en el cambio de siglo*. Madrid: OEI, Editorial biblioteca nueva.

Garrett, R. Kelly (2006). *Protest in an Information Society: a review of literature on social movements and new ICTs*. *Information, Communication & Society*, Vol. 9(2), 202-224.

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, Cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra. (Versión original 1991).

Haraway, Donna (2004).

Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra@_Conoce_Oncorató (R). *Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: Editorial UOC. (Versión original 1997)

Kidd, Dorothy (2003). Indymedia.org: A New Communications Commons. En Martha McCaughey y Michael D. Ayers (Eds.), *Cyberactivism: online activism in theory and practice*. (pp. 47-69). New York: Routledge

Knudson, Jerry W. (1998). Rebellion in Chiapas: insurrection by Internet and public relations. *Media, Culture & Society*, July 1998, N° 20, 507-518.

Lasén, Amparo y Martínez de Albéniz, Ignacio (2008). Movimientos, “mobidas” y móviles: un análisis de las masas mediatizadas. En Igor Sádaba y Angel Gordo (Eds.), *Cultura digital y movimientos sociales*. Madrid: Los libros de la catarata.

Latour, Bruno y Woolgar, Steve (1995). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza. (Versión original 1979).

Latour, Bruno (1992). *Ciencia en acción*. Barcelona: Labor. (Versión original 1987).

Latour, Bruno (2000). When Things Strike Back: a possible contribution of “science studies” to the social sciences, *British Journal of Sociology*, Vol. 51 (1), 107-123.

Lockie, Stewart (1999). The State, Rural Environments and Globalisation: “Action at a Distance” via the Australian Landcare Program. *Environment and Planning: A*, Vol. 31(4), 597–611.

López, Susana; Roig, Gustavo y Sádaba, Igor (2003). Nuevas tecnologías y participación política en tiempos de globalización. *Cuadernos de trabajo de Hegoa*, N° 35. Bilbao: Hegoa.

López, Susana y Roig, Gustavo (2005). Del desconcierto emocional a la movilización política: redes sociales y medios alternativos del 11 al 13M. En Víctor Francisco Sampedro Blanco (Coord.), *13-M. Multitudes on line* (pp. 183-228). Madrid: Libros de la Catarata.
http://contra.info/IMG/pdf/13m_contrainfo.pdf .

McCaughey, Martha y Ayers, Michael D. (Eds.) (2003). *Cyberactivism: Online activism in theory and practice*. New York: Routledge

Mendiola, Ignacio (2000). *Movimientos sociales y trayectos sociológicos: hacia una teoría práxica y multidimensional de lo social*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

Mendiola, Ignacio (2001). Cartografías liminales: el (des)pliegue topológico de la práctica identitaria. *Política y Sociedad*, Vol. 36, 205-222.

Mendiola, Ignacio (2003a). Hacia una redefinición de los movimientos sociales: macro-actores proxémicos. *Athenea Digital: Revista de pensamiento e investigación social*, N° 4, 68-86.
<http://blues.uab.es/athenea/num4/mendiola.pdf>

Mendiola, Ignacio (2003b). *Movimientos sociales. Definición y teoría*. En Jesús M. Canto; Ignacio Mendiola, Miquel Domènech y Margot Pujal. *Psicología de los grupos y movimientos*

sociales. Barcelona: UOC.

Mendiola, Ignacio (2003c). Los movimientos sociales y la banalidad. Inguruak: Soziologia eta zientzia politikoaren euskal aldizkaria = Revista vasca de sociología y ciencia política, Nº 35, 191-210.

Meso Ayerdi, Koldobika (2004). Teléfonos móviles e Internet, nuevas tecnologías para construir un espacio público contrainformativo. El ejemplo de los flash mob en la tarde del 13M. Revista Latina de Comunicación Social, Nº 58.

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/20041558meso.htm>

Morris, Douglas (2002). Globalization and Media Democracy: The Case of Indymedia. En Douglas Schuler y Peter Day (Eds.) (2003). Shaping the Network Society. Massachusetts: MIT Press. <http://www.fis.utoronto.ca/research/iprp/c3n/CI/DMorris.htm>

Pickard, Victor W. (2006a). Assessing the Radical Democracy of Indymedia: Discursive, Technical and Institutional Constructions. Critical Studies in Media Communication, Vol. 23(1), 19-38.

Pickard, Victor W. (2006b). United yet autonomous: Indymedia and the struggle to sustain a radical democratic network. Media, Culture & Society, May 2006, Nº 28, 315-336.

Purdue, Derrick (2000). Anti-GenetiX. The emergence of the anti-GM movement. Aldershot Hampshire UK: Ashgate Publishing.

Rodríguez, Israel y Causa, Aleix (2002). Ecological movements against governmental agencies: the virtualization and actualization tension in Doñana's. Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social, Vol. I

Rodríguez, Israel (2008). El gir simètric en l'estudi de l'acció col·lectiva. Les mobilitzacions per la controvèrsia ecològica de Doñana. Dep. de Psicologia Social UAB: Tesis Doctoral. (inédita).

Rodríguez, Israel; Tirado, Francisco J. y Domènech, Miquel (2000). Explaining social movements as actor-networks. Comunicación presentada en el Group Meeting of the European Association of Experimental Social Psychology (EAESP). The Psychology of Domination: Social Structure, Social Reproduction and Social Change.

Rodríguez, Israel; Tirado, Francisco J. y Domènech, Miquel (2001). Los nuevos movimientos sociales: de la política a la cosmopolítica. Persona y Sociedad, Vol. 15 (3), 193-206.

Rogers, Richard (2004). Information Politics on the Web. Cambridge, MA: MIT Press.

Romero, Carmen. (2006). Articulaciones identitarias: Prácticas y representaciones de género y "raza"/etnia en "mujeres inmigrantes" en el barrio de Embajadores (Madrid). Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. (inédita).

Ronfeldt, David y Arquilla, John (2003). Aparición e influencia de la lucha zapatista en red; en Arquilla, J. y Ronfeldt, D. (Eds.), Redes y guerras en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político. Madrid: Alianza Editorial

Sádaba, I. y Gordo, A. (2008). Cultura digital y movimientos sociales. Madrid: Los libros de la catarata.

Sampedro, Victor F. (2005). 13-M: Multitudes on line. Madrid: Los Libros de la Catarata.

Seoane, Francisco y Jones, Steve (2008). Activismo político en la era digital: el empleo de internet para el compromiso político, En Igor Sádaba y Angel Gordo (Eds.), Cultura digital y movimientos sociales. Madrid: Los libros de la catarata.

Sheller, Mimi (2001). The Mechanisms of Mobility and Liquidity: Re-thinking the Movement in Social Movements, Lancaster: Department of Sociology, Lancaster University, LA1 4YN, UK. <http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/papers/Sheller-Mechanisms-of-Mobility-and-Liquidity.pdf>

Stengers, Isabel (1997) Poder e invención: Dónde situar a la ciencia. Minneapolis: University of Minnesota Press

Stengrim, Laura (2005). Negotiating Postmodern Democracy, Political Activism, and Knowledge Production: Indymedia's Grassroots and e-Savvy Answer to Media Oligopoly. Communication and Critical/Cultural Studies, Vol. 2, N° 4, 281-304.

van de Donk, Wim; Loader, Brian D.; Nixon, Paul G. y Rucht, Dieter (Eds.) (2004). Cyberprotest: New Media, Citizens and Social Movements. New York: Routledge.

Virno, Paolo (1994). Virtuosismo y revolución: notas sobre el concepto de acción política. Futur Antérieur, N° 19-20/1994.

VV.AA. (2004). Pásalo: relatos y análisis sobre el 11-M y los días que le siguieron. Madrid: Traficantes de Sueños.

Winner, Langdom (1987). La Ballena y el reactor: Una búsqueda de los límites en la era de la alta tecnología. Gedisa: Barcelona.

Wu Ming (2003). Esta revolución no tiene rostro. Madrid: Acuarela.